



La devaluación formalista de la historia

The Formalist Devaluation of History

José SAZBÓN (†)
UBA, CONICET, Argentina.

RESUMEN

El estructuralismo y su versión postestructuralista, se distancia de la historia como encuentro real entre las prácticas significantes de la realidad y los lenguajes sociales. La Historia es reducida a algo abstracto o Filosofía de la Historia; es decir, mera especulación acerca de la existencia. La Historia así considerada es mera "estructura", "método", "mito", o "sistema", no es un plexo de relaciones intersubjetivas que emergen a través de los sistemas de significación que hacen posible la inteligibilidad de los procesos comunicativos de la sociedad. La posición formalista del postestructuralismo niega la posibilidad de acceder a los registros reflexivos y sensibles, cognitivos y racionales, de los sujetos que se hacen y se trascienden en sus acciones prácticas. La crítica a estas posiciones que consideran a la historia más como parte de la "imaginación", la "poesía", la "narrativa", la "deconstrucción", es contundente porque se trata de rescatar el sentido contingente de la historicidad humana de la que nos provee la Historia a través de la acción, al devenir, la interpretación.

Palabras clave: Historia, estructuralismo y postestructuralismo, formalismo, dialéctica.

ABSTRACT

Structuralism and its post-structuralist version distance themselves from history as a real encounter between meaningful practices of social reality and languages. History is reduced to something abstract or the philosophy of history; that is, mere speculation about existence. History considered that way is only structure, method, myth or system; it is not a plexus of inter-subjective relationships emerging through systems of signification that make the intelligibility of society's communicative processes possible. The formalist position of post-structuralism denies the possibility of acceding to the reflective, sensitive, cognitive and rational recordings of the subjects that make them and transcend in their practical actions. The criticism of these positions that consider history more as a part of imagination, poetry, narrative and deconstruction is conclusive because it deals with rescuing the contingent meaning of human historicity from what history provides for us through action becoming interpretation.

Keywords: History, structuralism and post-structuralism, formalism, dialectic.

En amplios sectores del pensamiento contemporáneo, los esquemas conceptuales de intelección histórica han caído en virtual descrédito, hasta el punto de que su contenido racional dejó de ser sospechoso para convertirse en vacío: ya no merece los honores de la refutación, puesto que se lo considera reductible: a mito, a ficción o –irónicamente– a filosofía de la historia, categoría esta última entendida en su acepción epistemológica viciada: como construcción especulativa, saber apriorístico, razón fabuladora.

Diversas tradiciones y disímiles desarrollos han contribuido a crear un marco favorable a estas equivalencias en virtud de las cuales la historia es descifrada como algo distinto de lo que supone ser. Por un lado, la expansión de los modelos de la antropología se desdobló en una expansión de los objetos abarcados por ella: de esta manera, la perspectiva antropológica no se inhibió de anexar, a las estructuras elementales, las estructuras complejas; se debilitó la distinción entre el cambio y la innovación y lo cíclico y repetitivo, y a las sociedades “sin historia” se sumaron las sociedades históricas como pasibles de una misma decodificación. Un resultado de esas equiparaciones fue que el saber de sí de cada una de esas formaciones diferentes fue asignado a un mismo tipo de conocimiento: el del mito; conciencia histórica y conciencia mítica resultaron términos intercambiables.

Por otro lado, las prevenciones empiristas contra la elaboración de teoría disolvieron las pretensiones de la razón histórica y denunciaron sus síntesis comprensivas (como también, en algunos casos, las de la sociología). En esta ocasión, el rechazo se dirigió –cito– a “cualquier teoría general”, ya que una teoría de este tipo no podría ser sino otro avatar de la repudiada filosofía de la historia¹. Así, por ejemplo, el hecho fundador de la historia moderna y, también, el más decisivo para la fijación de la conciencia histórica contemporánea, la Revolución Francesa fue descifrado análogamente como un mito por Alfred Cobban y por Claude Lévi-Strauss, con pocos años de intervalo entre uno y otro.

Finalmente –dentro de esta selección que hacemos–, el discurso del historiador fue asimilado al del narrador, de tal manera que la producción textual de uno y de otro podía ser decodificada del mismo modo, en cuanto compuestos figurativos de los que sólo había que inventariar y clasificar los recursos retóricos, los tropos, las tramas, etc. La coherencia de esta actitud, que supone retirar cualquier tipo de validez cognoscitiva a la historia, lleva a equiparar a esta última con la filosofía de la historia. Una y otra sólo diferirían en énfasis: lo que en la primera está implícito, en la segunda aparece en la superficie. Lejos de regirse por la controlada aproximación a un referente, por una lógica de investigación o por el recurso a una interpretación racional, historia y filosofía de la historia son, a la par –desde esa óptica–, productos de la imaginación histórica.

Es la confluencia de estos motivos y estrategias críticas la que ha modificado las relaciones entre la disciplina histórica y la reflexión filosófica y la que ha marcado, asimismo, la dirección en que la filosofía se ocupa últimamente de la historia. Ahora bien, es interesante señalar las formas sucesivas que ha adoptado una de esas estrategias críticas, pues la selección de una perspectiva y el énfasis otorgado a ciertos elementos de un conjunto –o aspectos de un pensamiento– en desmedro de otros, son actitudes recurrentes que indican la permanencia de una tendencia y las etapas de su consolidación.

Aquí, sólo quisiera referirme a uno de los linajes del actual deconstruccionismo: el de la escuela que une –y distingue entre sí– al estructuralismo y el post-estructuralismo. El énfasis antihistoricista de este último recoge –y potencia– las reservas metodológicas del estructuralismo en cuanto

1 COBBAN, A (1976). *La interpretación social de la Revolución Francesa*, Narcea, Madrid, p. 28.

al papel que cabe asignarle a la historia en la explicación de los modos de existencia de la sociedad o de los mecanismos que sostienen su reproducción. El post-estructuralismo, como heredero de los hallazgos estructuralistas, puso en cuestión, junto con la filosofía de la historia, la misma pretensión de la disciplina histórica a exhibir sus síntesis como resultado de una búsqueda objetiva. Muy pronto, el agnosticismo no sólo sobre la validez de explorar regularidades en la historia sino también sobre la propia construcción de los hechos históricos, se transformó en una decidida neutralización de la referencialidad. Las fases de esta neutralización, de este dejar fuera de juego el referente para recoger sólo las tramas lingüísticas que lo nombran, derivan de un anterior movimiento característico en virtud del cual la historia misma se diluía en un juego contingente entre los momentos de la estructura constituida, los únicos cognoscibles.

La escena inaugural de esta deriva –poco tenida en cuenta por los comentaristas de estas corrientes–, está constituida por la fijación de la enseñanza de Saussure por parte de lingüistas y, sobre todo, de científicos sociales, quienes forzaron el ya precario canon de interpretación sobre el sentido de esa enseñanza. Partiendo de Saussure se puede medir tanto la distancia recorrida como los grados de instrumentación del legado original. En el comienzo, tenemos su texto: lo que se publicó como *Curso de lingüística general*. ¿En qué sentido las posiciones del autor permitían adjudicarle un pensamiento antihistórico o, al menos, indiferente a la historia? O dicho de otro modo: ¿hasta qué punto las ideas de Saussure expuestas en el *Curso* autorizaban, en quienes declaraban inspirarse en él, el situar a la historia en una relación de subordinación respecto al sistema constituido de la lengua, lo que equivale a decir –en virtud de la expansión semiológica– respecto a los procesos de comunicación y significación en general? En realidad, dado que los editores del texto de Saussure se impusieron la tarea de ordenar los registros (los apuntes de los oyentes) de una enseñanza oral de varios años –en definitiva, el *Curso* es un compuesto de varios cursos–, podemos decir que lo que encontramos en el origen de la interpretación de Saussure es una postura decisionista en cuanto al proyecto fundamental del lingüista y, más particularmente, en cuanto a la relación entre el sistema y la historia dentro de ese proyecto.

Los estudiosos de las fuentes manuscritas han señalado que sus redactores –Charles Bally y Albert Sechehaye– forzaron la coherencia de un pensamiento menos dogmático que exploratorio; las propias variantes de las ideas de Saussure fueron entendidas por ellos como simples rasgos de la exposición oral (y no como índices de una reflexión en desarrollo). Pero lo que es más importante para la fortuna subsiguiente del libro, es que la propia organización del *Curso* por Bally y Sechehaye connotaba inevitablemente una articulación de las ideas y un orden deductivo. Al desplazar a las últimas secciones del volumen la temática histórica, anteponiéndole la presentación, hecha fuera de todo contexto, de la distinción entre la lengua y el habla, se desvirtuaba la secuencia expositiva del propio Saussure, quien partía no de la lengua sino de las lenguas, como objetos concretos y productos sociales, para luego extraer de ellas –como él decía– “lo universal”, el conjunto de abstracciones al que llamará “la lengua”. En términos más generales, el predominio del punto de vista sistémico sobre el histórico no corresponde sino a una etapa precisa y delimitada de una investigación cuyo horizonte era declaradamente histórico².

Saussure estaba interesado en llegar a captar las concreciones histórico-culturales que incidían en las transformaciones de las lenguas, y para ello creía necesario estudiar a cada elemento dentro de la red de relaciones que lo determinaba, identificándolo; pero el momento del equilibrio (el

2 Sobre este punto, cf. DE MAURO, T (1970). “Introduzione” y “Note” a su traducción del *Cours* de Saussure: *Corso di linguistica generale*, Laterza, Bari.

único que permitía captar los valores) debía ser seguido por el de la modificación del sistema lingüístico. Lo importante para él era demarcar los conceptos aptos para estudiar los estados de la lengua, distinguiéndolos de aquellos otros conceptos que daban cuenta de las sucesiones. El Saussure construido por los estructuralistas, en cambio, será un teórico formalista depurado de todos los aspectos de realismo y de concreción sociocultural y ajeno a las determinaciones de la historia.

Un segundo momento de la apropiación estructuralista de Saussure consistió en invertir la relación de inclusión entre la lingüística y la semiología que él había fijado inambiguamente en su proyecto. Para Saussure, la lingüística no era más que una parte de la semiología, entendida ésta como aquella ciencia que debía estudiar la vida de los signos en el seno de la vida social. En los años '60, esa inherencia fue trastocada, a tono con la naciente entronización del lenguaje como modelo general de los intercambios, las instituciones sociales y las prácticas generadoras de sentido. Mientras se enmendaba a Saussure en cuanto a la inclusividad abarcadora de la semiología, con el argumento de que el imperativo era elaborar una "translingüística"³ capaz de subsumir en sus operaciones los procedimientos del mito, el relato, el artículo periodístico, etc. —es decir, "todos los conjuntos significantes cuya sustancia primordial es el lenguaje articulado"—, amplios campos de las instituciones sociales, como las relaciones de parentesco o las actividades económicas, eran anexados al lenguaje como su clave inteligible.

La radicalización de este movimiento de exacerbación del saussurismo sin el aval del texto de Saussure, consistió en la libre extrapolación de conceptos saussureanos en un sentido antagónico al canon de la teoría. Saussure, en el marco de su indagación sobre la naturaleza del signo lingüístico, había planteado que en un sistema semiológico sólo había diferencias sin términos positivos; el deconstruccionismo postuló que sólo había significantes sin significado estabilizable. Las diferencias, que en Saussure permiten fijar la significación, en el deconstruccionismo la impiden: sólo existe el movimiento del diferir, la diferencia continuamente recreada.

Otro posterior movimiento reductivo cristalizó en una redefinición del conocimiento histórico en un sentido acorde con la orientación formalizante que el estructuralismo había introducido en la consideración de los hechos sociales. Tuvo un carácter paradigmático, en este sentido, el método lévi-straussiano de exploración de las operaciones inconscientes del espíritu humano: pues un punto nodal del "postestructuralismo" consiste en ese balance selectivo del aporte de los métodos estructurales a las ciencias del hombre. A saber, el hecho de que, por razones de principio, las reglas de funcionamiento de las instituciones humanas poseen lógicas propias que no son accesibles a la conciencia individual o a la praxis social. El punto crítico de esta posición es, pues, la imposibilidad de reapropiación de esas reglas y el veto que esto supone a cualquier proyecto de ordenamiento de sus efectos en el marco de la acción intencional y consciente; por tanto, el abandono de la racionalidad como instancia articuladora del conocimiento y de su función pragmática, de su uso social. El *pathos* del método en las estrategias de exploración del postestructuralismo está constituido por ese abandono y por la "retirada al código" que es su apropiación selectiva del estructuralismo. Si bien se ha dicho⁴ que tal "retirada" había sido inicialmente fomentada por el sesgo sistémico propio del modelo

3 BARTHES, R (1985). "Eléments de sémiologie", in: *Le degré zéro de l'écriture suivi de Eléments de sémiologie*, Gonthier, Paris, p. 81.

4 GIDDENS, A (1990). "Structuralism, post-structuralism and the production of culture", in: *Social Theory and Modern Sociology*, Polity Press, Cambridge, (orig.: 1987), pp. 84-85. En este texto, Giddens utiliza corrientemente las fórmulas "retreat into the code" y "retreat into the text" para aludir al repliegue formalista del postestructuralismo y su desatención del referente. En el siguiente desarrollo, retomo parte de mi trabajo "Razón y método, del estructuralismo al post-estructuralismo" (NUDLER, O & KLIMOVSKY, G (1993). (Comps). *La racionalidad en debate*, t.II, CEAL, Bs. As.

lingüístico saussureano (la identidad de los elementos que integran la *langue* se basa en la diferenciación recíproca de éstos dentro del respectivo sistema), un sesgo que aparta al lenguaje de cualquier otro nexa referencial con el mundo objetivo, lo cierto es que la anexión estructuralista y postestructuralista de Saussure se rigió desde el inicio por una occlusión de su marco general de ideas, dentro del cual la inherencia del lenguaje al mundo social e histórico era primordial.

Resta ver, entonces, cómo primero la “retirada al código” y luego la “retirada al texto”⁵ diseñan una vía real al pensamiento postestructuralista y son la contraparte de su represión de la historia:⁶ tanto en el sentido de su agnosticismo respecto a la capacidad cognoscitiva de la disciplina histórica como en el de su relativismo sobre la posibilidad de mediar la acción práctica (bien sea la conducta individual o un proyecto socialmente concertado) con esquemas interpretativos que tomen por objeto la historia transcurrida. Uno y otro rasgo del postestructuralismo ignoran o impugnan, por consiguiente, la posibilidad de una comunicación o circulación nocional entre la racionalidad de los métodos y la racionalidad de la acción, lo que Anthony Giddens ha denominado el proceso de “absorción recíproca de los conceptos científico-sociales en el mundo social para cuyo análisis han sido forjados”⁷. Quisiera mencionar, para concluir, dos ejemplos de esta actitud epistemológicamente negativa respecto a la historia, uno que involucra –y cuestiona– el papel del conocimiento en la acción racional de los agentes sociales; y otro, que tematiza –y niega– la propia cognoscibilidad del devenir histórico. A su vez, estos ejemplos también lo son, en un caso, de la “retirada al código” y, en otro, de la “retirada al texto”. Digamos, finalmente, para terminar de encuadrar estos casos dentro de la perspectiva postestructuralista, que mientras el segundo ejemplo remite a los ejercicios de deconstrucción a que se ha abocado esta corriente, el primero corresponde al desdoblamiento doctrinario que acompañó la afirmación de los métodos estructuralistas y, como tal, integra la herencia de su sucesor.

Lévi-Strauss puso de relieve de un modo inaugural las potencialidades de la “retirada al código” cuando, para mejor rechazar las pretensiones de la razón dialéctica sartreana, redujo los problemas de la explicación histórica en un sentido acorde con la orientación formalizante que el estructuralismo comenzaba a imponer en las ciencias humanas. “La historia –afirmó– no está ligada al hombre, ni a ningún objeto particular. Ella consiste totalmente en su método”⁸, y ese método no era otro que el que derivaba de la utilización de un código. El código del historiador, sostuvo, es simplemente

5 Si bien a primera vista podría parecer que la “retirada al texto” es sólo una especificación de la “retirada al código”, hay entre estos dos tipos de repliegue algunas diferencias. La principal de éstas es el arraigo científico de la noción de “código” y la filiación literaria del “texto”. Quienes apelan a la primera invocan el ordenamiento lógico subyacente a determinadas instituciones sociales o producciones mentales (la lengua, el parentesco, la organización social, la práctica ritual, etc.) que permitiría establecer entre ellas correspondencias u homologías. Mientras el “código” admite un “cierre” de las significaciones, porque éstas serían pasibles de una estabilización que proviene de las restricciones sistemáticas fijadas por el método, el “texto”, en cambio, remite a un horizonte abierto por una mediación interpretativa a que se autoasigna la capacidad y el derecho de rotar sus objetos en virtud de que las significaciones comprendidas en éstos no se agotan nunca en el corpus establecido en cierto momento por el análisis. En términos semiológicos, todo significante de un texto puede ser tomado como significado de (por) otro texto, sin que en principio se detenga esta deriva.

6 DESCOMBES, V (1982). *Lo mismo y lo Otro. Cuarenta y cinco años de filosofía francesa (1933-1978)* (orig. 1979). Cátedra, Madrid, cap. 4; TOSEL, A (1987). “Procès à Marx. Note sur quelques lectures françaises de Marx (1960-1985)”, in: CAZZANIGA, GM; LOSURDO, D & SICHIROLLO, L (eds.) (1987). *Marx e i suoi critici*. Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, QuattroVenti, Nápoles, pp. 125-145; GEDO, A (1987). “La filosofía del postmoderno all’ombra di Marx”, in: CAZZANIGA, GM; LOSURDO, D & SICHIROLLO, L (eds.) (1987). *Op. cit.*, pp. 261-276.

7 GIDDENS, A (1990). “The social sciences and philosophy –trends in recent social theory”, en la recopilación de este autor. *Op. cit.*, p. 70.

8 LÉVI-STRAUSS, C (1964). *El pensamiento salvaje*, FCE, México, p. 380.

el código cronológico que obliga a distribuir en clases diferentes las fechas significativas. Se trataba de una correlación biunívoca, porque la significación de las fechas dependía, a su vez, de su pertenencia a una clase. Así estratificadas, las clases de fechas constituían diferentes y discontinuos “dominios de historia” regidos, en cada caso, por la “codificación diferencial del antes y el después”. Utilizando una metáfora matemática, Lévi-Strauss postulaba que las fechas propias de cada clase eran “irracionales” en relación con todas las fechas de las demás clases⁹. El corolario de esta redefinición del método historiográfico era que tal inconmensurabilidad de los conjuntos bastaba para quitar validez a cualquier síntesis comprensiva y, con mayor razón, a cualquier interpretación filosófica que pasara por alto esas restricciones.

En este punto se imponen dos observaciones: la primera, que gran parte de este desarrollo resulta trivial o tautológico: que el “dominio de historia” correspondiente a la biografía o la anécdota no se confunde con el “dominio” codificado en la escala de los milenios¹⁰ es una evidencia que resalta de las definiciones respectivas. La segunda, que en la medida en que se proponen tesis sustantivas sobre la discontinuidad de los conjuntos y se esboza un veto sobre la abarcabilidad conceptual de las distintas series, esta epistemología de la historia hecha desde fuera de la profesión ha dejado indiferentes a sus practicantes, y sólo ha servido para definir el perfil idiosincrático del pensamiento histórico lévi-straussiano (añadiéndole textos como *Raza e historia*, “Historia y etnología”, etc.)¹¹. Aún un historiador receptivo a las aristas polémicas del razonamiento lévi-straussiano como François Furet —quien efectivamente aprovechó muchos de tales planteos en su discusión con la historiografía marxista—,¹² se abstiene de comentar esta parte “constructiva” de la argumentación de Lévi-Strauss:¹³ su discurso del método historiográfico.

Ahora bien, desde el momento en que la historia dejaba de estar ligada al hombre, y sólo había que entenderla como un método apto para “inventariar la integridad de los elementos de una estructura cualquiera, humana o no humana”, lo que aparecía privado de fundamento no era sólo el programa de una filosofía humanista que nutría sus contenidos de las dimensiones de historicidad del sujeto sino, en general, las premisas cognoscitivas de la acción práctica dentro de las cuales es difícil sobreestimar las articulaciones que provee el saber histórico. Pero ese era el corolario explícito del ascetismo metodológico lévi-straussiano: si la restricción perspectivista de la disciplina le veda una aproximación globalizadora del devenir histórico (o la obliga a optar entre los límites excluyentes de un “dominio infrahistórico en el que reinan la psicología y la fisiología” y una aprehensión macroscópica sobre “la evolución general de los seres organizados”)¹⁴, el propio agente histórico se encuentra desmuniendo de cualquier recurso conceptual que lo ilustre sobre las condiciones de su inter-

9 *Ibid.*, p. 376.

10 *Ibid.*, p. 378.

11 Para una caracterización de ese pensamiento, cf. ROSEN, L (1971). “Language, History and the logic of inquiry in Lévi-Strauss and Sartre”, in: *History and Theory*, Wesleyan University, vol. X, n° 3, pp. 269-294; REMOTTI, F (1971). *Lévi-Strauss, Struttura e Storia*, Einaudi, Turin; GABORIAU, M (1972). “Antropología estructural e historia”, en la recopilación *Estructuralismo e historia*, Nueva Visión, Buenos Aires, pp. 91-110; SAZBÓN, J (1972): “Historia y sistemas en Claude Lévi-Strauss”, en la misma recopilación, pp. 111-130.

12 Para una aproximación entre las posiciones de Lévi-Strauss y de Furet, cf. SAZBÓN, J (1989). “La revisión antihistoricista de la Revolución Francesa”, *Cuadernos de Filosofía*, Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, año XX, n° 33, octubre, pp. 3-29, particularmente las páginas 17-21.

13 Cf. FURET, F (1982). “Les intellectuels français et le structuralisme”, *Preuves*, París, febrero 1967; reprod. en *L’Atelier de l’Histoire*, Flammarion, París, 1982, pp. 37-52.

14 LÉVI-STRAUSS, C (1964). *Op. cit.*, p. 380.

vencción. Haciéndose cargo de ese desamparo, Lévi-Strauss lo compensa concediéndole al agente las iluminaciones del mito y el aplomo de la ilusión, pero no los atributos racionales del saber reflexivo.

En esta línea de argumentación, lo que se eclipsa no es la historia (pues ésta ha sido redefinida como un código específico dentro de la división del trabajo intelectual), sino la pretensión de objetividad del impulso cognoscitivo de la acción práctica: en esta otra acepción, mundana, interactiva, proyectual, la historia es indiscernible del mito. En lo que se refiere al agente histórico¹⁵, el *dictum* asevera que para desempeñar plenamente su papel, éste debe crear necesariamente en ese mito. Tal equiparación de mito e historia, efectuada por un estudioso de las mitologías de los llamados “pueblos sin historia” pero no ratificada por los practicantes de la disciplina histórica, será asumida crecientemente por los pensadores postestructuralistas dentro de un diseño general de devaluación de la conciencia histórica que impide cualquier restablecimiento de los nexos de racionalidad entre el conocimiento de lo social y la intervención activa en su producción. La particular posición de Lévi-Strauss como científico y doctrinario, por un lado promotor de una metodología de las ciencias humanas que fuera compatible, en rigor, con la de las ciencias exactas y, por otro, teorizador de las “implicaciones filosóficas” del método para una ética de la acción que no se oculte el hiato que la separa del conocimiento racional, hacen de él el verdadero iniciador de la transición al *postestructuralismo* en una época en la que nadie imaginaba la necesidad del prefijo y abundaban las reconvenciones a las extrapolaciones infundadas del método estructural.

Un análogo rechazo a la inserción del conocimiento histórico dentro de un esquema comprensivo de la racionalidad que incluya los imperativos cognoscitivos de la acción es el que caracteriza al deconstruccionismo de Hayden White, incluido aquí como representante de la “retirada al texto” que ocluye cualquier apelación a la referencialidad. El autor ha desenvuelto sus reflexiones en un campo que denomina “metahistoria”, ámbito formal en el que despliega un cuadro comparativo de los géneros historiográficos. El propósito, en este caso, es desmontar los dispositivos figurativos del discurso histórico y White encuentra posibilidades clasificatorias –análogas a las que inspiraron a Foucault su diseño de las epistemes epocales– que le están brindadas por la existencia de una reserva toponímica (tipos de giros poéticos como la metáfora y la metonimia), que él coordina con clasificaciones de muy diversa fuente: modos de organización de la trama según los arquetipos de Northrop Frye (romántico y trágico, p. ej.); modos de implicación ideológica que se guían por los tipos políticos ideales de Mannheim (el pensamiento conservador, p. ej) y modos de argumentación de acuerdo a las “hipótesis del mundo” de Stephen Pepper (mecanicista, organicista, etc.)¹⁶.

En principio, la combinación de los ítems de estos modos –junto con los tropos– puede dar cuenta de una diversidad de discursos históricos, ya que todos ellos no pueden sino *prefigurar* su campo de descripción histórica. Así, del mismo modo que Foucault estudió las formaciones discursivas como conjuntos cuyos dispositivos inmanentes regulan el juego de los enunciados (su orden, encajamiento, correlaciones, etc.) excluyendo la conciencia intencional de los emisores de los discursos estudiados, y del mismo modo que Lévi-Strauss efectuó la operación reductora de deprimir

15 *Ibid.*, p. 368.

16 WHITE, H (1973). *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-century Europe*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore-Londres, “Preface”; “Introduction: the Poetics of History”.

los contenidos de la conciencia histórica a resultados propios de las operaciones del mito¹⁷, así también Hayden White descompone las aseveraciones del historiador –desentendiéndose de sus valores de verdad y de los controles específicos de la práctica historiográfica– para retener sólo sus atributos retóricos, sus opciones figurativas y sus estrategias de argumentación. Las trata, en suma, como productos de la imaginación y no como aproximaciones corroborables a un referente.

Y también del mismo modo que los autores mencionados, trasciende el plano manifiesto de la enunciación para rescatar las estructuras profundas que lo explican. Pero no a la manera de la crítica de la ideología –cuya premisa es el reconocimiento de una distancia que se trata de medir y evaluar: entre la configuración de lo real y la “apariencia necesaria” que ésta adopta en la conciencia de los agentes–, sino al modo de la crítica textual volcada al examen de la creación poética. “El historiador –dice White– realiza un acto esencialmente *poético* en el que prefigura el campo histórico y lo constituye como dominio”¹⁸; a él incorporará sus teorías específicas y sus propuestas de explicación de la realidad histórica. Y si se pregunta de qué manera el analista de los discursos históricos extrae, para su propio uso, un criterio de demarcación, es decir, cómo elabora su propia opción interpretativa, la respuesta recuerda la escisión ya manifiesta en el escepticismo léviStrausseano entre los esquemas formales del código histórico (inaptos para la fijación de un sentido) y el disponible repertorio de un saber mitologizado (tan pleno de sentido como objetivamente ilusorio).

En este caso, pues, la vía de salida es una opción ética cuya justificación requiere que sea históricamente infundamentada¹⁹. En síntesis, la devaluación de la historia se bifurca en un doble reduccionismo: de la conciencia histórica a las activaciones del mito; y de la reconstrucción racional a las configuraciones narrativas. En un caso, antropologización de la historia inmediata; en otro, poetización de la historiografía. Sus resultados son: en el primer caso, la ilusoriedad reflexiva de la acción práctica; en el segundo, la opción arbitraria por un tipo de relato: el decisionismo. Tanto del lado del objeto como del lado del sujeto, la carencia de todo control objetivo de los juicios permite que impere la aleatoriedad: del devenir, de la acción o de la interpretación.

Y así como la conciencia –y la responsabilidad del juicio– pierde su centro autónomo, del mismo modo se produce un eclipse del referente. La última palabra de los críticos relativistas como Hayden White será el imperativo de eludir “la tiranía de la conciencia histórica”,²⁰ pues ésta obligaría a opciones ya desmanteladas por la deconstrucción: sólo una historia carente de sentido (o, dicho afirmativamente, dotada de *meaninglessness*)²¹ permite el ejercicio de la elección moral. También ellos comparten el desánimo de Stephen Dedalus, el héroe del *Ulises* joyceano: “la historia es una pesadilla de la que trat[an] de despertar.”

17 FOUCAULT, M (1969). *L'archéologie du savoir*, Gallimard, París, particularmente la sección II; también, del mismo autor: *L'ordre du discours* (Clase inaugural en el Collège de France, el 2 de diciembre de 1970), Gallimard, París, 1971; LÉVI-STRAUSS, C (1964). *Op. cit.*, pp. 368-370.

18 WHITE, H (1973). *Op. cit.*, p. X.

19 WHITE, H (1966). “The Burden of History”, in: *History and Theory*, Wesleyan University, vol. V, nº 2, pp. 111-134; WHITE, H (1998). “The Politics of Historical Interpretation: Discipline and De-Sublimation”, in: MITCHELL, WJT (ed.) (1998). *The Politics of Interpretation*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, pp. 119-143.

20 WHITE, H (1966). *Op. cit.*, pp. 123-124.

21 WHITE, H (1998). *Op. cit.*, p. 134. Para una crítica de la desestimación del sentido de la historia en White, cf., en la misma recopilación *The Politics of Interpretation*, cit., el artículo de EAGLETON, T (1998). “Ineluctable options”, pp. 373-380. Por otro lado, puede encontrarse un señalamiento de los puntos débiles de la fundamentación “metahistórica” de Hayden White en el artículo de JAMESON, F (1976). “Figural relativism; or The Poetics of Historiography”, incluido en la recopilación del autor *The Ideologies of Theory. Essays 1971-1986*, vol. 1, *Situations of Theory*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 1988, capítulo 6.